

rignán y el personal de la legación de Francia acompañaron al emperador hasta Susa, donde terminaba la vía férrea. Allí Napoleón abrazó cordialmente al rey y al príncipe de Carignán, dió la mano á las personas de su séquito, y luego subió á una berlina de viaje, ascendió por la garganta del monte Cenis y bajó hacia San Juan de Maurienne, donde volvió á tomar el ferrocarril. Su paso por Chambery dió lugar á manifestaciones que fueron como el presagio de la anexión de Saboya á Francia. M. Grand Thorane, agente consular de Francia en Chambery, escribió al príncipe de La Tour d'Auvergne: «S. M. el emperador ha sido recibido aquí con entusiasmo por todo lo mejor de la población, que es seguramente la inmensa mayoría; pero hubiera habido mucha más gente á su paso si el intendente general hubiese cuidado de anunciar el momento de su llegada. Si se hubiera tenido noticia de ella en los pueblos circunvecinos, habría habido mucha más concurrencia en todo el camino que ha recorrido. El alcalde no ha permitido al cuerpo de bomberos acudir á la estación del ferrocarril, porque este cuerpo se compone de hombres de orden cuyos sentimientos favorables al emperador son notorios, y no se llevaba á bien que prorrumpieran en aclamaciones unánimes. El arzobispo y el presidente de la Audiencia han ido á la estación sin que se les avisara.»

Napoleón III echó de ver las disposiciones favorables de Saboya en pro de él y de su Imperio. Quizás, después de haber hecho mucho por Italia, pensaba en aquel momento en hacer algo por Francia.

LXIII

SAINT-CLOUD

El emperador, después de cruzar por Saboya, que al año siguiente debía anexionarse á Francia, fué á Saint-Cloud sin detenerse en el camino. A pesar del incógnito que guardaba en su rápido viaje, los habitantes de los pueblos le esperaban en las estaciones para ver pasar el tren y aclamar al monarca victorioso que les manifestaba su gratitud saludándoles. A las diez de la mañana del 17 de julio llegó á Saint-Cloud, siendo recibido por la emperatriz y el príncipe imperial, á quienes abrazó con efusión. Cuando preguntó al principito si le conocía, el niño pareció ofendido de tal duda.

Napoleón III poseía en alto grado los sentimientos de familia. Bajo una apariencia fría y una máscara de impasibilidad absoluta ocultaba una sensibilidad casi femenil y un carácter cariñoso. Con su contento iba mezclada una expresión de melancolía. Pensaba en otros muchos que, menos afortunados que él, no volverían ya y á quienes lloraban en aquel mismo momento sus madres, sus esposas y sus hijos. El palacio de Saint-Cloud, con el grato frescor de sus seculares enramadas, sus cascadas y sus saltos de agua, no le hacía olvidar el calor abrumador de los campos de batalla de Italia, las nubes de polvo, el humo de la pólvora, las angustias de la lucha y los horrores de la matanza. Al mediodía oyó misa en la capilla para dar gracias á Dios, y en seguida recibió á la familia imperial, á los individuos del Consejo privado, á los ministros y á la alta servidumbre del palacio.

La condesa Estefanía de Tascher de la Pagerie asistía á esta recepción. «El emperador, dice, se mostraba tranquilo, contento, natural como siempre. Tenía muy buen semblante; y en su tostado cutis se conocía que había pasado algún tiempo expuesto á los ardores del sol de Italia. Iba de unos á otros amable, afectuoso, y mientras se paseaba entre nosotros, nos contaba algunos detalles; pero repetía á menudo que, al verse ya aquí, le parecía un sueño toda aquella campaña tan rica en incidentes, en episodios de toda clase.... ¡Qué sueño!»

Todas las noticias que recibía el emperador, todas las reflexiones que se hacía sobre la situación de Europa, le inducían á felicitarle de no haber tentado más largo tiempo la fortuna. Sabía que si no se hubiera apresurado á firmar los preliminares de paz, la entrada en escena de Prusia y de todos los demás Estados de la Confederación germánica habría sido cuestión de días, de horas. A su

alrededor los generales franceses criticaban á la landwehr prusiana, llegando muchos de ellos á compararla con la guardia nacional. Napoleón III, que conocía la Alemania, donde se había criado, sabía cuán errónea era semejante apreciación: no ignoraba que la landwehr era un verdadero ejército, y se daba perfecta cuenta de que los efectivos actuales de las tropas francesas no eran suficientes para que le fuera posible triunfar en el Adigio y en el Rin. Cuando examinaba á fondo las cosas, hasta se maravillaba de que el emperador de Austria, que ocupaba posiciones formidables en el cuadrilátero, hubiera renunciado á la lucha. Los despachos de San Petersburgo probaban que el tsar, á pesar de sus simpatías por Francia, no habría llegado hasta sacar la espada para defenderla. La satisfacción con que el gobierno ruso supo el ajuste de los preliminares de la paz confirmó á Napoleón en la convicción de que había hecho bien en detenerse á la mitad del camino.

El duque de Montebello, embajador de Francia en San Petersburgo, escribía el 14 de julio al conde Walewski: «Los despachos telegráficos de V. E. fechados el 12 de este mes me han comunicado la noticia de que se había firmado la paz entre el emperador Napoleón y el de Austria, y me he apresurado á llevarla á Peterhoff, donde se hallan en este momento el emperador Alejandro y el príncipe Gortchakoff. La satisfacción que el príncipe ha manifestado era sincera y completa. Ante todo me ha expresado calurosamente su admiración por la profunda habilidad de la política de S. M. I. Desde que se supo en San Petersburgo que se había pactado un armisticio que debía expirar el 15 de agosto, el gabinete ruso confió en que no se romperían de nuevo las hostilidades y que la consecuencia de la suspensión de éstas sería un arreglo definitivo; pero no se creía que la entrevista de los dos soberanos produjera tan rápidamente la realización de sus esperanzas. Con la sorpresa aumentó la satisfacción. El emperador Alejandro, á quien el príncipe Gortchakoff transmitió al punto la noticia, me ha mandado á decir que deseaba verme inmediatamente, y S. M. me ha manifestado con una vivacidad igual á la de su ministro los mismos sentimientos que animaban á éste..... El gobierno ruso considera las bases convenidas como las más á propósito para fundar una paz duradera. El emperador Alejandro y el príncipe Gortchakoff reconocen que el emperador Napoleón, al reducir á estos límites los sacrificios que el triunfo de sus armas podía imponer con justicia á la corte de Viena, se ha mostrado tan profundo político en la negociación como gran capitán se había mostrado en los campos de batalla.»

Por otra parte, Napoleón III tenía el presentimiento de las dificultades de que a guerra era origen, y sus desarrollos futuros no dejaban de preocuparle. No se hacía ilusiones sobre las obscuridades de los preliminares de la paz y sobre los obstáculos con que se tropezaría antes de hacerla definitiva. Las cuestiones relativas á los Estados de la Italia central y sobre todo á los del Padre Santo no estaban resueltas ni con mucho, y el emperador sabía perfectamente que uno de los problemas más arduos consistía en establecer una armonía cualquiera entre

el partido clerical y el revolucionario, tan ardiente, tan intransigente el uno como el otro. Los celos del porvenir se mezclaban, pues, en el ánimo del emperador con la alegría de los triunfos presentes.

El 19 de julio, á las ocho y media de la noche, las grandes corporaciones del Estado entraban en el salón de Marte del palacio de Saint-Cloud para felicitar al monarca vencedor. M. Troplong, el conde de Morny y M. Baroche, que eran respectivamente presidentes del Senado, del Cuerpo legislativo y del Consejo de Estado, compitieron en alabanzas y en protestas de adhesión.

Según M. Troplong, «cuando Escipión venció á Aníbal en Zama, habría podido destruir á Cartago; pero no quiso hacerlo, aun cuando se había comprometido á destruir el poderío cartaginés. Tan prudente político como hábil general, sabía que con frecuencia el perder demasiado al enemigo es perderse á sí mismo.» Napoleón III se quedó sorprendido de ver que se le comparaba con Escipión.

«Señor, dijo el conde de Morny, ¡cuántos prodigios en tres meses!... Pero la victoria más hermosa es la que habéis alcanzado sobre vos mismo. En la embriaguez de los triunfos, os habéis mostrado enemigo tan generoso cuanto aliado fiel y desinteresado. Rodeado de soldados victoriosos y enardecidos, no habéis pensado más que en ahorrar el derramamiento de su sangre preciosa. Habéis devuelto á Italia la verdadera libertad, arrancándola al despotismo é impidiéndole los procedimientos revolucionarios. En fin, con esa maravillosa mesura que os caracteriza, habéis llegado hasta donde lo exigía el honor de Francia, pero no más allá de lo que convenía á sus intereses.»

«Loado sea Dios, dijo M. Baroche, que os ha permitido volver sano y salvo, cubierto de nueva gloria, á esta Francia cuyo salvador y cuya esperanza sois, al lado de esa esposa augusta, cuya entereza y clara razón hemos tenido ocasión de conocer durante vuestra ausencia, y de ese noble hijo que aprende ya á dar gracias al cielo por los triunfos de su padre.»

El emperador respondió:

«Señores:

»Al verme de nuevo entre vosotros que durante mi ausencia habéis dado á la emperatriz y á mi hijo tan señaladas muestras de adhesión, siento la necesidad, en primer lugar, de daros las gracias, y en segundo de explicaros cuál ha sido el móvil de mi conducta.

»Cuando, después de una afortunada campaña de dos meses, los ejércitos francés y sardo llegaron ante los muros de Verona, la lucha iba á cambiar inevitablemente de carácter, tanto por el concepto militar cuanto por el político.

»Yo estaba fatalmente obligado á atacar de frente á un enemigo parapetado detrás de grandes fortalezas, protegido contra toda diversión en sus flancos por la neutralidad de los territorios que lo rodeaban, y al dar principio á la prolongada y estéril guerra de asedios, veía delante de mí á la Europa sobre las armas, pronta á disputarnos nuestros triunfos ó á agravar nuestros reveses.

»A pesar de esto, la dificultad de la empresa no habría quebrantado mi resolución ni contenido el arrojó de mi ejército, si los medios no hubiesen sido desproporcionados á los resultados que se debían esperar.

»Era preciso resolverse á romper audazmente las trabas opuestas por los territorios neutros y aceptar entonces la lucha en el Rhin lo mismo que en el Adigio. Era preciso fortalecerse en todas partes con el concurso de la revolución. Era preciso seguir derramando una sangre preciosa que ya había corrido en demasía; en una palabra, para vencer era preciso arriesgar lo que no le está permitido á ningún monarca aventurar más que por la independencia de su país.

»Así pues, si me he detenido, no ha sido por lasitud ó por postración, ni por abandonar la noble causa que quería defender; sino porque algo hablaba más alto en mi corazón: el interés de Francia.»

El emperador procuraba justificarse más bien que glorificarse. Su discurso era una especie de confesión pública, una hábil defensa para probar que había tenido razón en soltar las armas.

Por otra parte, se daba perfecta cuenta de la decepción cruel que había experimentado Venecia en el momento mismo en que creía llegada la hora de su emancipación. Conocía demasiado las pasiones italianas, se había asociado sobre manera á ellas en su juventud para no lamentar el no haber podido realizar más que la mitad de su programa libertador.

«¿Creéis, añadió el orador coronado, que no me ha costado mucho refrenar el ardor de esos soldados que, exaltados por la victoria, no deseaban otra cosa sino seguir adelante?

»¿Creéis que no me ha costado mucho cercenar de mi programa, ante Europa, el territorio desde el Mincio hasta el Adriático?

»¿Creéis que no me ha costado mucho el ver destruirse nobles ilusiones y desvanecerse patrióticas esperanzas en corazones honrados?

»Para servir á la causa de la independencia italiana he hecho la guerra contra el beneplácito de Europa; tan luego como el porvenir de mi país ha corrido peligro, he hecho la paz.»

El emperador terminó así su discurso como para consolarse y tranquilizarse á sí mismo:

«¿Quiere decir esto que nuestros esfuerzos y nuestros sacrificios hayan sido estériles? No. Conforme lo he dicho al despedirme de nuestros soldados, debemos estar orgullosos de esta breve campaña.

»En cuatro acciones y dos batallas ha sido vencido un ejército numeroso que no cede á otro alguno en organización y en bravura. El rey del Piamonte, llamado en otro tiempo custodio de los Alpes, ha visto á su país libre de la invasión y la frontera de sus Estados ensanchada desde el Tesino hasta el Mincio.

»La idea de una nacionalidad italiana está admitida hoy por los mismos que

la combatían. Todos los soberanos de la Península comprenden ya hoy la necesidad imperiosa de las reformas saludables.

»Así pues, después de dar una nueva prueba del poderío militar de Francia, la paz que acabo de ajustar será fecunda en felices resultados, el porvenir los revelará más y más cada día para ventura de la Italia, influencia de Francia y reposo de Europa.»

Habiendo manifestado el Cuerpo diplomático su deseo de ser recibido por el emperador con objeto de felicitarle, lo recibió éste en su palacio de Saint-Cloud el 21 de julio. «Señor, dijo el Nuncio, el cuerpo diplomático sentía la necesidad de solicitar la venia de V. E. para expresarle sus solícitas y sinceras felicitaciones por su regreso y la pronta celebración de la paz.»

Napoleón contestó, no sin dejar traslucir, á pesar de su cortesía habitual, cierto sentimiento de amargura:

«Europa ha sido, por lo general, tan injusta para mí al principio de la guerra, que me he tenido por feliz al poder ajustar la paz tan luego como el honor y los intereses de Francia han quedado satisfechos, y al probar que no entraba en mis miras trastornar la Europa y suscitar una guerra general. Confío en que hoy desaparecerán todas las causas de disenso y que la paz será de larga duración. Doy gracias al cuerpo diplomático por sus felicitaciones.»

Las impresiones causadas en el público habían sido complejas, y al pronto la noticia de la paz sólo causó mediana satisfacción. La condesa Estefanía de Tascher de la Pagerie lo ha hecho observar así. «La gente, dice, se había acostumbrado tanto á la idea de esta guerra, que había acariciado de mil modos nuestro orgullo nacional, que casi se disgustó de un desenlace tan rápido. Por lo general, no gustan mucho esos golpes de báscula política que perturban la opinión y motivan soluciones contrarias á las que se habían esperado.»

En el primer momento tal vez hubo más sorpresa que satisfacción; pero, reflexionando un poco, no se tardó en ver las cosas bajo su verdadero aspecto. El cronista de la quincena de la *Revista de Ambos Mundos*, M. Eugenio Forcade, fué en nuestro concepto fiel intérprete de la impresión que dominaba. «La guerra, decía en el número del 15 de julio, acaba de dar al mundo una prueba del poderío francés, prueba que en realidad no era necesaria, porque los extranjeros están quizás más persuadidos que nosotros de nuestra fuerza, pero que ha halagado singularmente nuestro orgullo nacional. En cierto modo sólo hemos probado las dulzuras de la luna de miel de la guerra, los triunfos, maravillosos y rápidos, alcanzados por nuestros soldados con un denuedo incomparable y un buen humor comunicativo, sobre enemigos dignos de aprecio. Pero el mayor atractivo de una guerra es que sea corta, y gracias á la paz que ha tenido para ella el encanto de una sorpresa, en este momento Francia parece dispuesta á saborearlo con delicia. Guardémonos, pues, de aceptar tanto la guerra cuanto la paz con indiferencia epicúrea. Aparte de tantas preciosas vidas sacrificadas, la guerra deja cargas y responsabilidades que se prolongan en el porvenir.»

Los diplomáticos y los hombres políticos preveían ya próximas dificultades y complicaciones; pero la mayoría del público se entregaba á una alegría muy natural. La gente de negocios recobraba tanta confianza que en pocos días la renta subió cinco francos. También se tranquilizaban los católicos, antes muy alarmados. El partido republicano y hasta el orleanista tenían entonces simpatías italianas muy marcadas. El duque de Aumale había obtenido del rey Víctor Manuel autorización para que el duque de Chartres sirviera bajo las banderas del Piamonte, al lado del ejército francés. Muchos hombres que más adelante fueron hostiles á la unidad italiana, veían con gusto la liberación de Milán.

M. de la Gorce tenía razón en decir: «Francia, que andando el tiempo debía mostrarse tan implacable con Napoleón III, fué entonces mucho más indulgente para el monarca de lo que el monarca lo fué para consigo mismo.» Francia no quiere á sus jefes sino mientras son afortunados. El emperador no había tenido más que felices resultados desde su advenimiento al trono hasta la conclusión de la guerra de Italia: por esto era popular.

El domingo 7 de agosto, el vencedor de Magenta y Solferino salía de Saint-Cloud para ir á pasar unos cuantos días en el campamento de Chalons. Llegado á las seis de la tarde á la estación de Mourmelon, fué recibido allí por el general Schramm, comandante en jefe del campamento; montó á caballo y pasó á su cuartel general entre una doble fila de tropas de todas armas que le aclamaban.

Al hacerse de noche y á la señal dada por un cañonazo, una iluminación repentina alumbró el campamento. A las diez otro cañonazo marcó el término de la iluminación. La obscuridad y el silencio sucedieron á las luces multicolores y á los redobles de los tambores que tocaban retreta.

A las ocho de la mañana del día siguiente el emperador asistía á las maniobras. Por la tarde visitó los establecimientos agrícolas construídos por el cuerpo de ingenieros. Sorprendiendo á los soldados en sus tareas habituales ó en su descanso, era á su paso objeto de ovaciones cuya espontaneidad le lisonjeaba en extremo. Napoleón III tenía cariño al ejército, pues sabía que le debía su trono y su prestigio. Nunca se daba por mejor servido ni mejor comprendido que por sus tropas. Cuando á las seis y media de la tarde regresó al gran cuartel general, los soldados echaron á correr por el llano á la orilla del camino para formarse allí de nuevo y aclamar una vez más á su emperador. Después de comer, asistió á una función teatral dada en el campamento, y el 9 fué á visitar las obras ejecutadas por su orden en el establecimiento termal de Plombières. El 10 estaba de vuelta en Saint-Cloud. El 11 creaba la medalla de Italia para los oficiales y soldados que habían hecho la campaña; rodeada de una corona de laureles, esta medalla tiene por un lado la efigie del monarca con las palabras: «Napoleón III emperador,» y por el otro los nombres de las seis victorias: «Montebello, Palestro, Turbigo, Magenta, Marignán y Solferino»

LXIV

EL REGRESO DE LAS TROPAS DE ITALIA

Napoleón III ha querido aplazar toda ceremonia triunfal hasta el momento en que sus tropas vuelvan de Italia. Sabe cuánto les debe, y tiene en más la gloria de su ejército que la suya propia.

El 23 de julio las tropas que acaban de hacer la campaña reciben la orden de regresar á Francia, á excepción de cinco divisiones de infantería y dos brigadas de caballería, que quedarán en Italia hasta que sea un hecho la ratificación de la paz.

Las falanges victoriosas están acampadas en San Mauricio, adonde acuden muchedumbres de parisienses para verlas acampadas bajo sus tiendas. Se ha fijado su entrada solemne en la capital para el domingo 14 de agosto. Será el día más hermoso del segundo Imperio.

Las tropas saldrán del campamento de San Mauricio de modo que la cabeza de columna, pasando por el arrabal de San Antonio, llegue á la plaza de la Bastilla á las nueve de la mañana. Allí se pondrá la comitiva en marcha por el orden siguiente:

El emperador con su cuarto militar y su séquito;

Las cuatro banderas austriacas llevadas, la primera por un cazador de á pie de la guardia imperial y escoltada por dos soldados de cada regimiento de la guardia, y las otras tres por soldados del 1.º, 3.º y 4.º cuerpos;

Los cuarenta cañones austriacos;

El mariscal Regnaud de Saint Jean d'Angely al frente de la infantería de la guardia, cazadores de á pie, tiradores, zuavos, granaderos y artillería de á pie y de á caballo;

El mariscal Baraguey d' Hilliers y el primer cuerpo;

El mariscal de Mac-Mahón, duque de Magenta, y el segundo;

El mariscal Canrobert y el tercero;

El mariscal Niel y el cuarto;

La caballería de la guardia cerrará la marcha.

A partir de la plaza de la Bastilla las tropas seguirán los bulevares y la calle de la Paz, pasarán por la plaza de Vendome por delante del emperador situado á la entrada del ministerio de Justicia, y volverán por la calle de Rívoli.

La guardia nacional y el ejército de París formarán en doble fila desde la